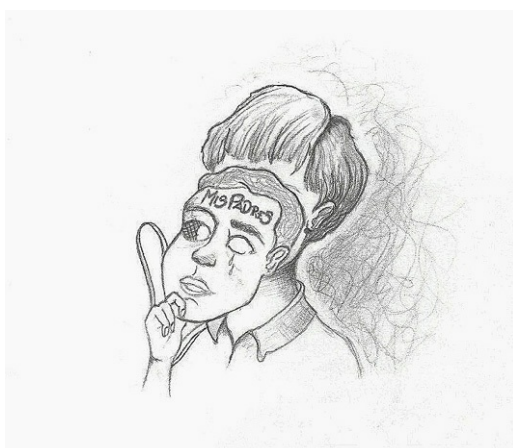


# EL PROBLEMA DE LO GENÉRICO

*Samuel Pérez Sánchez*

*Ilustración de Arantxa Quesada*



En cuanto tuve la oportunidad de marcharme de allí no lo dudé ni un mísero segundo. Compré el billete de tren y me subí, dirección Madrid, un 9 de septiembre de 1994. Me despedí de mis padres con lágrimas en los ojos. En realidad, me moría de ganas de marcharme, de alejarme de ahí. Después de vivir con ellos veinte años, romper el lazo duele. Allí en el pueblo iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Lo peor: la planta baja era mi trabajo y la primera planta mi casa. La ruta era fácil y monótona. No aguantaba más. Irme era para mí una necesidad y una prioridad.

Ellos no sabían lo que iba a suceder. Les mentí y les dije que me iba a la capital a buscar trabajo, encontrar un futuro mejor y conocer gente. En realidad, mi principal objetivo no era ninguno de esos tres. Tenía que disfrazarlo. En cuanto llegase a la ciudad sabía que lo primero que iba a hacer era ir a la clínica. Tenía algo dentro de mí que me estaba matando. Fue, en resumidas cuentas, un cúmulo de cosas. Quería ir a que un doctor objetivo me tratase. En el pueblo no podía porque el médico vivía en la misma esquina de mi calle. El diagnóstico se lo comentaría a mis padres y no me apetecía que nadie conociese mis intimidades. Y, además, quería cambiar de aires. Trabajar en otro ambiente y, quién sabe, quizá, estudiar algo de política, ya que siempre me había gustado.

Solo me hicieron falta dos días para encontrar trabajo y un par más para adecuarme a la ciudad. Trabajaba en el mismo hotel donde me hospedaba. Por las mañanas estaba en la recepción y por la tarde me iba a conocer Madrid. Cobraba lo mínimo para comer y para algún que otro capricho. El factor económico para mí era lo menos importante. Solo quería vivir en la ciudad, lejos del pueblo y de mis padres. A decir verdad, no me podía quejar de dinero. Durante 5 años había estado ahorrando bastante para gastármelo todo aquí.

Al mes, y después de haber ido ya varias veces al médico, le escribí una carta a mi madre. Le comentaba que estaba trabajando, que había conocido a muchísima gente —sobre todo empresarios que pasaban por el hotel—, que el clima de Madrid me gustaba mucho, que era feliz, realmente feliz, que no pretendía volver más que para hacer alguna visita, y que había ido al médico. Pero ese dato, con todo lujo de detalles, al final. Con suerte se cansaba de leerme a mitad de carta. Me sentía en deuda con ella por no habérselo contado. Por no tratar el tema con sinceridad. Quería ir al médico sin que nadie lo supiese, pero la presión me superó. Su cara enfadada aparecía cada vez que cerraba los ojos. ¡Fíjate tú la tontería! Yo sabía que el primer paso era complicado, pero también sabía que ya lo había dado. Ahora solo quedaba esperar la respuesta.

Muchas noches me planteaba: ¿irme del pueblo ha sido por miedo? ¿Podría haber llegado a ser feliz junto a mis padres? ¿Había huido de los verdaderos problemas? Todas esas preguntas llegaban a mi cabeza y no había Dios que las sacase. Se quedaban ahí hasta que salían en forma de lágrimas o de grito. Solo existían esas dos opciones. Y si preguntas por la respuesta, la desconozco.

—¡Buenas tardes! ¿Os queda alguna habitación libre? —pregunta un chico moreno vestido con traje azul marino.

—Sí, claro, nos queda una suite con cama grande y un par de habitaciones individuales. ¿Cuál prefiere? —contesté en todo momento sin mirarle a los ojos, hasta que, al final de la afirmación, subí la mirada. Sonreí.

—Prefiero la más grande, pero no me diga el precio. No me diga nada porque soy muy pesetero —se rio, con amplia sonrisa.

—Ja, ja, ja, ja... ¿Y entonces cómo va a pagarme una cifra desconocida?

—Yo le doy la cartera, arregla usted todo el papeleo y coge el dinero que valga la habitación. —Me miró esperando una afirmación. Antes de recibir cualquier respuesta pidió el número de la habitación, cogió la llave él mismo y se fue, dejándome con cara de sorpresa y una cartera con un contenido desconocido.

Cuanto más lo pensaba más rabia me entraba. Pero, ¡qué hombre más prepotente y

creído! Ni una respuesta ha esperado. Lo peor es que era guapo y seguramente se lo tenga algo creído. Moreno con ojos verdes y una cara muy fina, parecía que lo habían sacado de uno de mis sueños más íntimos. Abrí la cartera de cuero marrón y encontré su DNI, varios billetes y una foto de una mujer —sería su hermana o su madre—. Era una cartera bastante básica para un hombre tan misterioso, ¿no? Cogí el dinero necesario y al sacar su DNI encontré otro. Uno estaba tapando el otro. Lo más curioso es que la foto de la chica pertenecía al segundo DNI. Uno era de Alfonso Vázquez Muñoz y el segundo de Rosalía Vázquez Muñoz. Efectivamente, hermanos. Y ella algo más joven que él. Preferí no seguir investigando ni curioseando.

En mi tiempo de descanso preferí subir a su habitación y entregarle la cartera. Y si me armaba de valor le diría que tenía que tener más respeto hacia otras personas. En cuanto las palabras iban apareciendo en mi cabeza sabía que no lo iba a decir. Intentaba convencerme. Subí al cuarto piso y toqué su puerta. A los pocos segundos la puerta se abrió y él estaba detrás. Esperando, ahora sí, mi respuesta.

—Tome su cartera. Y que sea la primera y última vez que... —me callé de golpe cuando cogió mi mano y me metió en la habitación.

—Mire, cuando llegué a la habitación pensé que te había descubierto mi vida al completo. Seguramente lo haya hecho al darte mi cartera. ¿Ha sacado el DNI?

—No. Bueno, sí. He visto que tenía el DNI de su hermana, ¿qué sucede?

Me explicó quién era esa chica. Cuál era la razón por la que estaba él en Madrid, y pasé todo mi tiempo de descanso en esa suite mil veces mejor que mi casa. Mejor dicho, mi habitación. Nos entendíamos a la perfección. Pasamos tardes y noches encerrados. Besándonos y hablando. El calor subía y la ropa sobraba. Éramos dos piezas de un puzle que encajaban perfectamente.

El tiempo pasó. El invierno llegó y la hora de hacer una visita a casa también. Madrid en Navidad es precioso, pero mentiría si dijese que no tenía ganas de volver a ver a mis padres. El billete lo iba a comprar en la misma estación, cinco minutos antes de que saliese el tren. Entré en la ducha y me vestí como sabía que a mis padres les iba a gustar. Nada raro ni extravagante. Hace unos meses me sentía mal al ir a la capital y ahora me siento igual al volver al pueblo. Eso que dicen de que a todo se acostumbran las personas es verdad. Totalmente cierto.

Cuando dejé el hotel me llamaron por detrás, diciéndome que había recibido una carta a mi nombre. Era de mi madre. Supongo que me hablará de cómo me echan de menos, cómo han sido estos meses sin mí y que están deseando verse, pensé. Como no tenía tiempo que perder, decidí leerla al llegar a la estación. Comprar el billete y dedicar el

tiempo muerto a leerla.

Querido Luis:

Me alegro mucho de que hayas encontrado trabajo tan rápido. Tus padres sabíamos que eras muy válido para desempeñar cualquier oficio. Si tu deseo era irte a Madrid a trabajar y disfrutar, nosotros encantados. Pero las mentiras no nos gustan.

¿Cómo puedes decirnos ahora y por carta que has ido al médico a informarte sobre el cambio de sexo? ¿Pero tú estás enfermo?

No te he enviado ninguna carta durante todos estos meses porque no he podido. Era superior a mis fuerzas. Cada vez que me sentaba a escribir lloraba o gritaba. Aunque en realidad, si me preguntan por qué reaccionaba así no lo sé. Son sensaciones que tengo y que no puedo evitar.

Tu padre leyó la anterior carta y ni se inmutó. Solamente la rompió y la tiró a la chimenea. Solamente dijo que él ya no tenía un hijo. Señaló la puerta y negó con la cabeza.

Estoy escribiéndote esta carta mientras tu padre juega al dominó con los vecinos. Intentaré mandártela antes de navidades para que no vengas y tengas que quedarte en la calle. Lo siento, pero la decisión está tomada. Mucha suerte.

El tren salió, pero yo no estaba subido en él. Lloré y no grité porque no tenía nada que decir. Me despedí de él moviendo la mano de izquierda a derecha. Cogí los billetes y solo me salió tachar mi nombre y escribir Rosalía encima. Me adueñaría del pasado del Alfredo para, así, tener la valentía que tuvo él.